

III Domingo Cuaresma

Éxodo 3, 1-8a. 13-15; 1 Corintios 10, 1-6. 10-12; Lucas 13, 1-9

«*Yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, la cortas*»

3 Marzo 2013 P. Carlos Padilla Esteban

«*Cuando perdonamos y acogemos, cuando volvemos a empezar sin quedarnos en nuestro dolor, que nos aísla y llena de amargura, entonces estaremos realizando milagros casi sin darnos cuenta*»

Parece mentira pero siempre de nuevo vemos con tristeza cuánto nos cuesta aceptar a ciertas personas. Quisiéramos tener un corazón compasivo y misericordioso, un corazón capaz de aceptar al que es diferente y perdonar siempre. Un corazón grande y abierto que no guardara nunca rencor y construyera siempre sobre tierra limpia y pura. Pero no suele ser así, si somos sinceros. Juzgamos y rechazamos, aceptamos según a quien y hacemos, con mucha alegría, acepción de personas. Y luego nos sentimos contentos con nosotros mismos, seguros de nuestra pureza, sin pensar que la omisión en el amor es el más común de nuestros pecados. Faltamos a la caridad justificando nuestra actitud y así rechazamos sin pretenderlo y condenamos sin pronunciar palabras. Y todo tiene su origen en nuestra herida. Nos sentimos heridos con facilidad y guardamos rencor sin olvidar la ofensa. Quisiéramos tener la actitud de una persona que comentaba: «*Ahí está mi sufrimiento, ¿por qué anhelar dolor diferente del que se me ha reservado? Me tengo que esforzar en amar mi suerte; si en el trabajo me niegan la palabra, debo querer eso; si alguien me oculta cosas, ¿qué más da? y si mis hijos no responden a mis expectativas ¿no será acaso que me debo esforzar más y mejor en descubrir sus tendencias y no tratar de imponer las mías?*» Si nos alegramos con nuestra vida tal y como es habremos dado un paso importante en este tiempo de conversión. Es posible cambiar para que así cambie el corazón. Amar y perdonar para volver a empezar siempre de nuevo, borrando y olvidando. A veces nos creemos seguros de todo y pensamos que estamos bien. Nos parapetamos en nuestra torre con la certeza de que no vamos a caer y vivimos convencidos de que son los demás los que se equivocan y caen. Pero hoy escuchamos: «*El que se cree seguro, ¡cuidado!, no caiga*». Miramos al mundo como causa de todos nuestros males, acusando, condenando. Sentimos el desprecio o el olvido, nos sentimos excluidos y culpabilizamos a los demás de nuestros males. Entonces no somos capaces de perdonar las ofensas. **No olvidamos y no logramos salir de este sentimiento tan autodestructivo.**

Vivir la cuaresma es la oportunidad para sanar heridas y tender puentes que unan superando los abismos que nos separan. Miramos en nuestro corazón y nos preguntamos por qué estamos tan heridos. Nos dirigimos al altar pero en nuestro corazón no hay paz. Guardamos recores que siembran oscuridad y palabras hirientes que se clavan en el alma. Evitamos conversaciones pendientes por miedo a enfrentar los conflictos. No nos acercamos a los que sufren por nuestra culpa, justificando nuestro silencio y diciendo que son ellos los que no se acercan. Siempre los demás parecen tener la culpa de todo. Los hechos que nos causaron tanto dolor un día siguen vivos y frescos, porque no logramos pasar página. Hoy queremos mirar a Dios con el sentir del salmo: «*El Señor es compasivo y misericordioso. Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; Él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura. Hace justicia y defiende a todos los oprimidos. Es lento a la ira y rico en clemencia, como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre sus fieles*». Sal 102, 1-2. El Señor es compasivo y misericordioso. Y nosotros queremos llevar su misericordia a otros. Queremos que el mundo se arregle a nuestro alrededor, pero olvidamos que la solución está en nuestro interior. Podemos salir de nosotros mismos, vencer la comodidad. En la película «Como Dios» le decía Dios al protagonista: «*¿Quieres ver un milagro? Sé tú*

mismo un milagro». Podemos ser un milagro para los demás si vencemos nuestros rencores y barreras, si hacemos las cuentas y borramos las deudas. Cuando perdonamos y acogemos, cuando volvemos a empezar sin quedarnos en nuestro dolor que nos aísla y **Illeña de amargura, entonces estaremos realizando milagros casi sin darnos cuenta.**

No obstante, es una realidad cotidiana el ver cómo pasa el tiempo y no avanzamos mucho. Nos parece que no es posible el cambio al que nos invita la Cuaresma. Nos sentimos pequeños y torpes. El tiempo pasa y nada mejora. Seguimos siendo los mismos. Tal vez es que las crisis que sufrimos nos agobian. Porque vivir en crisis es un estado que nos preocupa. Llevamos muchos años ya hablando de la crisis económica. Y por todas partes nos hablan de las crisis que padecemos o padeceremos. Es cierto lo que leía hace poco: «*Las crisis en sí mismas no son necesariamente buenas, pero tampoco intrínsecamente negativas si las vivimos desde la reflexión, desde el análisis de los errores que no debemos volver a cometer y desde la superación de ideas equivocadas. La mayoría de las veces la solución está dentro de nosotros mismos*»¹. Las crisis que sufrimos en el corazón no son algo negativo, ya que nos obligan a ver qué cosas tenemos que cambiar. ¡Cuánto nos cuesta que nos digan que no hacemos las cosas bien! Influye el orgullo y el convencimiento de que estamos bien. Tal vez nos pesa más el cansancio y el miedo a tener que cambiar hábitos y costumbres adquiridos. Nos habituamos a nuestras rutinas y no nos gusta esforzarnos en mejorar. Por eso nos viene bien que se tambaleen nuestros cimientos. Ya lo decía el P. Kentenich: «*¿Por qué hay tan poca santidad alrededor nuestro? El mayor obstáculo es que estamos demasiado apegados a nuestra propia gloria y fama. Sin la presencia de la gracia en nosotros no creceremos en esta actitud de libertad interior frente a nuestra propia fama. Sólo por la gracia creceremos en humildad*». Hay poca santidad en nuestras filas, falta la gracia. Poca santidad en los corazones que anhelan dar la vida y se quedan a medio camino. Queremos en esta Cuaresma mirar al Señor. Con humildad, con el deseo de cambiar. Nos quedamos mudos y deseamos que estos días que nos quedan de cuaresma, y esta Semana Santa que anhelamos, sean la ocasión propicia para que algo cambie en el corazón. **Podemos cambiar y recorrer un nuevo camino.**

Muchas veces, cuando no lo esperamos, se manifiesta Dios en nuestra vida. Es la historia de Moisés que no buscaba a Dios y Dios, en su deseo de estar con él, le salió al encuentro: «*En aquellos días, Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián; llevó el rebaño trashumando por el desierto hasta llegar a Horeb, el monte de Dios. El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre las zarzas. Moisés se fijó, la zarza ardía sin consumirse. Moisés se dijo: - Voy a acercarme a mirar este espectáculo admirable, a ver cómo es que no se quema la zarza. Viendo el Señor que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza: - Moisés, Moisés. Respondió él: - Aquí estoy. Dijo Dios: - No te acerques; quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado, y añadió: - Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob. Moisés se tapó la cara, temeroso de ver a Dios*». Moisés se acerca por curiosidad. Ve una zarza ardiendo sin consumirse. La curiosidad nos puede acercar a Dios. No conocemos a Dios, pero vemos sus señales. Descubrimos su rastro en el mundo, en nuestra vida, y nos acercamos por curiosidad. ¿Cómo lo ha hecho? Pero muchas veces nos quedamos en el signo y no alzamos la mirada a lo alto, no escuchamos su voz. Nos tapamos los ojos, temerosos de ver su rostro. Vemos su rastro de vida, el reflejo de su luz, sus pequeños milagros, y nos conformamos. Caminamos a tientas y pensamos que eso basta. Limitamos la oración a la obligación de satisfacer a Dios, como si así le dejáramos contento. Nos olvidamos del amor que nos tiene: «*Te amo con todo mi corazón. Te espero cada día oculto en el sagrario. Te miro cuando vienes a visitarme y te echo de menos cuando no lo haces*». Jesús nos ama, nos busca, nos espera, nos necesita. Nosotros queremos acercarnos a la zarza ardiendo con cierto temor. Decía el P. Kentenich: «*Dios nos infunde la convicción de que Él, el Dios grande e infinito, me mira, sabe de mí, me contempla. Es Dios Padre quien conduce con sus manos las riendas de mi vida. Me mira siempre con complacencia y mi grandeza consiste en*

¹ María Jesús Álava Reyes, “Amar sin sufrir”, 179

renovar constantemente esa convicción y actitud. Su mirada santifica nuestra vida y nos hace propiedad suya. Hace santa nuestra vida. Leemos en los escritos de Faustina Kowalska: «Deseo que estas almas se distingan por una confianza sin límites en mi Misericordia. Yo mismo me ocupo de la santificación de estas almas, les daré todo lo que es necesario para su santidad. Cuanto más confie un alma más recibirá». Hay muchos lugares santos y sagrados en los que nos descalzamos, donde nos santificamos. Nuestro Santuario donde reina María es un lugar santo. Los lugares sagrados nos sanan, nos llenan de paz. Tenemos que descalzarnos para entrar en el recinto donde Dios vive y se ve su rostro. Tendríamos que pedirle a Dios que cada vez hubiera más lugares sagrados en nuestra vida. El santuario hogar es el camino para santificar nuestro hogar, nuestra familia. Tenemos que abrir la puerta de nuestra vida para que Dios reine, para que se haga fuerte, para que su Palabra haga santa nuestra vida, cada recinto del alma. **Que cada vez haya menos sombras y más luz en nuestro interior.**

Dios habla. Cuando estamos cerca y escuchamos, habla: «*El Señor le dijo: - He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Voy a bajar a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra, para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel.* Moisés replicó a Dios: - *Mira, yo iré a los israelitas y les diré: - El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntan cómo se llama, ¿qué les respondo?* Dijo Dios a Moisés: - *Soy el que soy. Esto dirás a los israelitas: - Yo-soy me envía a vosotros.* Dios añadió: - *Esto dirás a los israelitas: Yahvé (El-es), Dios de vuestros padres, Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, me envía a vosotros. Éste es mi nombre para siempre.* Así me llamaréis de generación en generación». Éxodo 3, 1-8a. 13-15. Dios revela su propio nombre y da una misión. Jesús también le hablaba a sus discípulos: «*Tomando aparte a los Doce, les dijo por el camino*» (Mt 20,17). Jesús nos lleva aparte, nos saca de nuestra rutina, nos aleja de nuestras preocupaciones. Cuando lo logra estamos sólo para Él, en un lugar santo, descalzos, sin ataduras. Cuando desconectamos y nos dejamos el tiempo para Él, nos habla. Moisés dejó el ganado y se quitó el calzado para poder estar a solas con Dios. Buscó con humildad la voz de Dios. Dejar el ganado y el calzado es una invitación a despojarnos de las cosas cotidianas. De las preocupaciones y miedos que aturden. De las tareas que evitan que estemos a solas en el día con Él, en su presencia. Me comentaba una persona: «*Yo anhelo a Dios tanto que es verdad que a veces también pienso en el cielo; pero también deseo buscarle y que me busque, encontrarle a ratos y que me alcance, salir a su encuentro de forma imprevista en un momento, cuando me sorprende en mi camino y soy tan feliz; soñar con Él, llamarle, escucharle, gritarle, estar en silencio sencillamente a su lado, y después, volver a desechar tanto cuando ya no está; esperarle y saber que llama a mi puerta esperando a ser abierto con todo el respeto; tantear, tocarle a ciegas en el dolor y ayudarnos unos a otros cuando todo cuesta y no vemos nada.* Me parece un juego de amor tan increíble que merece la pena. Amo la vida y pienso que estar en esta tierra es vivir como vivió Jesús y también eso quiero vivirlo a fondo». Vivir así merece la pena. Vivir buscando a tientas la zarza ardiente que calma el corazón y enciende nuestro interior. Ese juego de amor de luces y sombras. Es el camino. Poseemos para perder, anhelamos para no dejar de buscar entre sombras, en un gesto valiente en el que damos la vida. Sin miedo al encuentro. Sin temer la soledad. Buscando y encontrando. Deseando la plenitud que se hace promesa. Soñando con una vida que aún no poseemos pero intuimos; **mientras alimentamos ese profundo deseo de tocar a Dios que mueve nuestros pies descalzos.**

En esa búsqueda, en ese ir descalzos hacia Dios, es cuando puede hablarnos y darnos una misión. Dios envía a Moisés a hablar en su nombre y salvar a su pueblo que sufre. Lo utiliza como su mensajero porque ama a sus hijos y no puede soportar su sufrimiento. Lo convierte en apóstol, para que libere a los oprimidos. Moisés deja el ganado que cuidaba y va a cambiar de vida, porque se fía del Dios de sus padres, del Dios familiar que los había acompañado como pueblo elegido desde Abrahán. Lo bonito de la llamada es que no es un hecho aislado. Hay una cadena de llamadas. Dios nos llama en esa línea de fidelidad del hombre que se alía con Dios. Su amor no se olvida de nosotros. Nos busca, nos llama, nos espera, acepta nuestras negativas y fracasos, espera aunque dilatemos nuestra respuesta. Y,

en el silencio, su Palabra actúa en el corazón. Así describe Jesús en las revelaciones a María Valtorta, la acción de la palabra de Dios en el alma del pecador que se convierte: «*Mi palabra realiza esta misma operación en los corazones que acogen la simiente. El proceso es lento. No hay que actuar intempestivamente, de modo que todo se estropee. ¡Cuánto le cuesta a la pequeña semilla abrirse; cuánto, hincar en la tierra sus raíces!* Pues también le es penoso al corazón duro y salvaje este proceso: *debe abrirse, dejarse hurgar, acoger cosas nuevas y alimentarlas con esfuerzo; debe conformarse con trabajar humildemente, sin atraer hacia sí la admiración; debe exprimir sus capacidades para crecer y producir espiga; debe ponerse incandescente de amor para ser trigo.* Y, después de haber trabajado y haber sufrido y haber tomado afecto a su nueva vestidura, entonces debe despojarse de ella con cruel tajo. Dar todo para tener todo. Yo os digo que la vida del pecador que se hace santo es el combate más largo, heroico y glorioso». El trabajo de Dios hasta que nos convierte en apóstoles es lento y difícil. Porque sabe que nuestro corazón es frágil y puede caer. Así nos lo recuerda San Pablo: «*No quiero que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar y todos fueron bautizados en Moisés por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo. Pero la mayoría de ellos no agradaron a Dios, pues sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto. Estas cosas sucedieron en figura para nosotros, para que no codiciemos el mal como lo hicieron aquéllos. No protestéis, como protestaron algunos de ellos, y perecieron a manos del Exterminador*». 1 Corintios 10, 1-6. 10-12. El trabajo de Dios en el alma es el trabajo del jardinero. Hoy escuchamos: «Y les dijo esta parábola: - Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: - Ya ves, tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Cótala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde? Pero el viñador contestó: - Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, la cortas». Lucas 13, 1-9. Jesús necesita trabajar la tierra del alma para que dé su fruto. Necesita trabajar la tierra para que la semilla dé fruto. **Porque los frutos son de Dios, no son nuestros.**

Pero siempre encontramos excusas para no cambiar, para no dejar de ser quienes somos. Justificamos con mucha ligereza el hecho de que no haya fruto en nuestra vida. Jesús no deja que sirva la mención de los galileos matados por Pilato como excusa para postergar la conversión: «*En una ocasión, se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían.* Jesús les contestó: - *¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así?* Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera». Si no nos convertimos, si no cambiamos de vida, no podrá el Señor recoger el fruto que siembra en nuestras almas. No podemos justificar nuestra vida haciendo referencia al mal que otros hacen. En este mundo de la mentira, nos podemos justificar y excusar alegando que otros mienten más. En el mundo de la guerra podemos justificar nuestra violencia alegando que otros tienen menos paz. Siempre habrá alguien peor en el camino que justifique nuestras acciones. Siempre habrá alguien que viva más lejos de Dios y nos permita seguir sin hacer nada. Pero no estamos justificados por ellos. **Si no nos convertimos, dice el Señor, si no cambiamos de vida, seremos estériles.**

Dios nos envía a la misión. Tiene para nosotros, como para Moisés, la misión de liberar a su pueblo, a los hombres que viven esclavos y sufren. Aunque muchas veces nuestros miedos e inseguridades nos hacen dudar ante una misión tan grande que supera nuestra fuerzas. Por eso deseamos rezar lo que rezaba una persona: «*Quiero, por la fe, liberarme de mis miedos, mis cadenas y mis ataduras, que me hacen vivir insegura y aferrada a mis planes. Quiero y anhelo vivir la Santa Indiferencia. Quiero que hagas de mí un instrumento según Tu voluntad.*». Queremos vivir la libertad de los hijos confiados. Y nuestra misión es formar una sociedad más humana, más justa. Un mundo en el que podamos aliviar el sufrimiento de tantos hombres. Decía Benedicto XVI en estos últimos días de su Pontificado: «*Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana.*». Moisés se puso en camino aunque era consciente de su pequeñez y se sentía

incapaz de liberar a su pueblo. Nosotros vemos que la misión es demasiado grande. Nos cuesta creer que podamos aliviar el sufrimiento de otros, porque con frecuencia vivimos pensando en nuestro propio sufrimiento. Por eso necesitamos descalzarnos, despojarnos de nuestra mirada egoísta, para poder así ponernos en camino. Tenemos que aprender a comprender más el sufrimiento humano y poder decir: «*Sufro contigo*». Hay una tierra prometida por Dios. Por eso estamos llamados a aliviar el dolor y liberar al que vive esclavo. **En la compasión nos hacemos instrumentos liberadores de Dios.**

La cuaresma nos invita a acoger la cruz del Señor en el camino y caminar a su lado. Es la conversión que anhelamos: dejar que su voluntad se haga carne en nuestra vida. El Cardenal Ratzinger dijo sobre su «programa» cuando fue elegido Papa en el 2005: «*Mi programa es no hacer mi voluntad, sino dejarme conducir por Él*». Ahí se encierra todo su Magisterio. Todas sus obras y palabras engloban algo tan sencillo como «*dejarse conducir por Él*». La renuncia y el final de su pontificado están marcados por esta actitud de vida. Son una invitación a nuestra propia conversión. Él aprendió a renunciar desde el principio y es lo que ha vuelto a hacer en el último momento. Podemos ver hechas vida en él sus propias palabras: «*El «retornar a Dios con todo el corazón» de nuestro camino cuaresmal pasa a través de la cruz, del seguir a Cristo por el camino que conduce al Calvario, al don total de sí. Es un camino por el que cada día aprendemos a salir cada vez más de nuestro egoísmo y de nuestra cerrazón, para acoger a Dios que abre y transforma el corazón*». Cuando logramos vencer los egoísmos y la mirada esclava sobre nuestros deseos, comenzamos a mirar el corazón que sufre y nos dejamos transformar por su amor. **Ensanchamos el alma y nos volvemos dóciles con Dios.**

En el camino de esta cuaresma nos acompaña el cruce de miradas entre Jesús y María. María mira a su Hijo camino al Monte Calvario. Lo mira mientras carga con la cruz. En la lejanía, muy cerca. Siente su dolor y su debilidad. Su mirada sostiene a Jesús cuando se siente débil. Lo sostiene con la paz grabada en el alma. Las miradas se unen en la cruz. Cristo, con su mirada, sostiene a María en su dolor. Madre e Hijo unidos en el mismo dolor que rompe sus almas. El dolor une o separa, levanta o hunde. El dolor nos hace más hombres, más plenos o más despreciables. El dolor se convierte en camino de salvación o perdición. Huimos del dolor porque no sabemos cómo llevaremos el dolor como carga, porque nos asusta llegar a ser infieles y olvidarnos de Dios. María sufre por el dolor de Cristo. El dolor de su soledad, el dolor del abandono, el dolor de la renuncia. Cristo le dice a María, caído bajo el madero: «*Hago todas las cosas nuevas*». Brota la vida del dolor, de la piedra rota. Desde la pobreza y la sangre del camino todo cobra una nueva dimensión, es nuevo. María mira y es mirada por su Hijo. Cristo mira y es mirado su Madre. Es grande el dolor de Cristo, mucho más grande que el nuestro y nosotros huimos del propio con temor. Decía Santa Teresa de Lisieux a su hermana Celina en una carta escrita desde el Carmelo: «*No creamos amar sin sufrir, sin sufrir mucho. Nuestra pobre naturaleza está ahí, y está para algo. Ella es nuestra riqueza, nuestro instrumento de trabajo, nuestro medio de vida. Es tan preciosa que Jesús vino a la tierra expresamente para poseerla. ¡Suframos con amargura, es decir, sin ánimo!*» Jesús sufrió con tristeza. Sin tristeza, ¿qué sufriría el alma? ¡Y nosotras quisieramos sufrir generosamente, grandiosamente! Celina, ¡qué ilusión!». Queremos sufrir pero bajo la mirada de Cristo y de María. Dejando que ellos sostengan nuestro dolor y levanten nuestra alma caída bajo el madero. Queremos hacer vida las palabras del P. Kentenich: «*La santidad no consiste en experimentar cálidos sentimientos. Naturalmente, si Dios los da, démosle gracias, pero no pensemos que son lo fundamental. La verdadera santidad reside en el abandono filial, en la entrega filial de uno mismo*»² Queremos acoger a Cristo que sufre. Queremos ser mirados por Jesús y por María en nuestro camino de cruz, en las cosas que nos hacen sufrir. ¿Cuáles son los motivos de nuestro sufrimiento? ¿Qué cosas nos hacen sufrir? Miramos en nuestro interior y las entregamos a Cristo con humildad. **Solos no podemos caminar hasta el Calvario.**

² J. Kentenich, “Niños ante Dios”, 290